

A veces prosa Alfonso Reyes y la traducción

Adolfo Castañón

*Para José Emilio Pacheco.
Celebrando el Premio Alfonso Reyes
que le ha concedido El Colegio de México.*

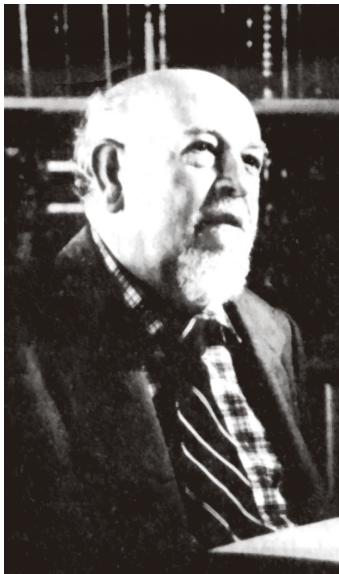
La presencia de la traducción en la vida y obra de Alfonso Reyes se da desde sus inicios como ensayista y poeta: así lo muestran, por ejemplo, los ensayos sobre “Las tres ‘Electras’ del teatro ateniense”, “Sobre la simetría en la estética de Goethe” y “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé”. Al final de su primer libro de poemas titulado *Huellas (1906-1919)* [1922], Reyes incluye una serie de traducciones de poesía medieval francesa y de lírica inglesa. Se trata de cuatro traslados: 1. “El castellano de Coucy” (del francés del siglo XII, que sigue el texto medieval establecido por Gastón París en su *Chrestomatie du Moyen Age*); 2. La “Elegía a la muerte de un perro rabioso” que A.R. tomó de la obra *El vicario de Wakefield* de Goldsmith; 3. “Los gemelos” de Robert Browning; 4. “El abanico de Mlle. Mallarmé”. A ese repertorio añadió el regiomontano una serie de “burlas” que promedian la imitación y la parodia con el homenaje y el autoescarnio. Cabe señalar al paso que en la constancia lírica de Reyes conviven la tradición, la traducción y la sátira. Presencias de ningún modo accidentales. Traducen una conciencia de que la lengua se encuentra en la historia y de que las palabras encierran en su seno, por así decir, la biografía misma de la cultura. De ahí que no extrañe la familiaridad que muy pronto se tornará intimidad que Reyes tiene con los tiempos pasados del idioma, y se afirme en él, desde muy temprana hora, una disposición lírica y poética, prosódica y conceptual que va del brazo con una vocación radicalmente filológica, como si la lealtad a la observancia de la sen-

tencia delfica —“Conócete a ti mismo”— pasara por un saber y conocer la lengua en la historia y la historia de la lengua.

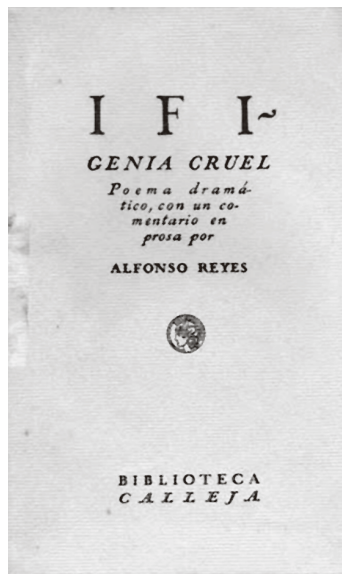
Después de la muerte trágica de su padre, Alfonso Reyes tuvo que salir del país en septiembre de 1913, con un modesto y efímero cargo diplomático. A partir de agosto de 1914, Reyes se vio obligado a ganarse la vida por sí mismo. Iniciaría a partir de ese momento, un viaje tan forzado como fogoso que duraría alrededor de veinticinco años entre destierro y representaciones diplomáticas, y que él viviría como una personal odisea. Un viaje que sería por demás fecundo para su oficio y ejercicio como traductor, filólogo, intérprete, trujamán y sabio que sabe pasear y pasar entre las lenguas con la raíz al aire. Reyes llegaría hasta fraguar un retrato irónico de sí mismo y de su sombra políglota en el poema “El descastado” [1916]. El dominio de varios idiomas le abriría las puertas de salones, revistas, editoriales, tertulias, ateneos y centros de estudios históricos y literarios. En los años de su estancia española, a medias vividos al margen de las instituciones, Alfonso Reyes se ganaría el pan haciendo diversos trabajos de traducción que se iban publicando, a veces y sobre todo en los primeros tiempos, bajo otros nombres, dando lugar así a pintorescos y a veces humillantes recuerdos. Dice A.R. en *Historia documental de mis libros* (1955-1959) sobre el traslado mercenario de la *Historia de la guerra* del historiador y político francés Gabriel Hantoux (1855-1944), autor de diversas obras de divulgación histórica, de unas memorias de *Mi tiempo*: “—Estoy algo cansado—me dijo [Luis Ruiz Contreras]—. Durante la cena de la otra noche lo estuve observando a usted. Se me ofrece traducir la *Historia de la guerra europea* que ha comen-

zado a publicar, en Francia, Gabriel Hantoux. Me conviene contar con alguien que me desbroce el camino. Después, entre yo en acción y lo voy reduciendo todo a mi estilo personal. Le pago por tanto por cuaderno. Aquí están los seis primeros cuadernos. Viene el invierno y usted necesita calentarse: aquí está el pago adelantado”. (En: A.R., *OC*, tomo XXIV, pp 171-172). Ciertamente ese personaje menor del ’98, fundador de la *Revista Nueva* (1899), organizaba trabajos de traducción y trataba de aprovecharse de los desafortunados traductores que caían en sus garras”. Ramón Gómez de la Serna dice que vio a “Alfonso Reyes sentado a su mesa de traductor y sometido a horas de oficina”. (R.G. de la S., *Automoribundia*, Sudamericana, Buenos Aires, p. 148).

Las traducciones más nobles y notables salidas de la pluma empuñada por Alfonso Reyes fueron las del inglés. A la cuidadosa, vivaz traducción que hizo del difícil libro de Gilbert K. Chesterton: *Ortodoxia* (1920), que él supo trasladar con aérea soltura, siguió la de *El hombre que fue jueves* (1923), igualmente vertida con risueña maestría, con la misma fulgurante mano maestra con la que había traducido al español la *Pequeña historia de Inglaterra* (1920) y *El candor del padre Brown* (1921). A esos traslados que no dejaron de influir en el carácter y estilo del propio Reyes, hay que sumar los de Laurence Sterne, *Viaje sentimental por Francia e Italia* (1919), la del relato *Olalla* (1922) de su admirado Robert Louis Stevenson (a quien, según algunos, él mismo se parecía un poco). Años más tarde, ya instalado en México, para solidarizarse con su amigo el economista, historiador y “empresario cultural” Daniel Cosío Villegas y para colaborar pluma en mano en la construcción del edificio editorial que es el ca-



Alfonso Reyes



tálogo del Fondo de Cultura Económica, institución hermana de El Colegio de México, se daría a la tarea de trasladar a nuestra lengua obras de divulgación tanto de historia y teoría política como de la ancha lección helenista. De esos empeños son prenda los libros de G.D.H. Cole: *Doctrinas y formas de la organización política* (1937); Gilbert Murray: *Eurípides y su tiempo* (1946); Alexander Petrie: *Introducción al estudio de Grecia* (1946) y Maurice Bowra: *Historia de la literatura griega* (1948). El oficio de la traducción suele estar asociado, al menos en el orbe hispánico e hispanoamericano, a la dolorosa praxis de la migración por motivos políticos, y sin duda a la eterna guerra que Reyes sufrió como en carne propia: así trajo a las letras escritas en esta lengua nuestra la obra *Nomentano, el refugiado*, escrita en el exilio por su amigo el poeta y novelista Jules Romains, quien se contaba al igual que él, entre los penúltimos *Hombres de buena voluntad*.

Ya desde los tiempos de Madrid era conocida su afición gustosa por el poeta francés Stéphane Mallarmé en cuyo honor organizó, anónimamente, en el Parque del Retiro, “un minuto de silencio poético”. Casi nadie lo descubrió, pero Eugenio D’Ors, a quien se le atribuyó en falso la organización del tácito homenaje exclamó:

¡Qué alegría! Ha llegado la hora. Yo he asegurado que no tendríamos civilización en tanto que las obras, anónimas, no pudieran ser atribuidas indistintamente a cualquiera de nosotros.

En medio de la tormentosa vida periodística, mundana, editorial y diplomática que llevaba Alfonso Reyes, el fervor por la traducción de Stéphane Mallarmé y por la lírica deslumbrante de Góngora —al que “tradujo” en una prosificación titulada *El Polifemo sin lágrimas. La fábula de Acis y Galatea. Libre interpretación del texto de Góngora*— fueron las anclas morales que le permitieron no zozobrar en el mundano mar del ruido, como diría George Steiner al recibir el Premio Alfonso Reyes. Durante años, Reyes trabajó en el libro *Mallarmé entre nosotros*, originalmente editado por Adolfo Bioy Casares con el sello Destiempo (1938); esas escasas noventa y cuatro páginas impresas por Francisco A. Colombo luego formarían parte de la obra póstuma *Culto a Mallarmé* (1991).

Los trabajos de Alfonso Reyes como traductor no se agotan en estas faenas. En 1949, Reyes publica el traslado al español moderno de varios cantos de la *Iliada* de Homero. Como él mismo dice: “No leo la lengua de Homero; la descifro apenas. ‘Aunque entiendo poco griego —como dice Góngora en su romance—, un poco más entiendo de Grecia’”. Ciertamente: no sabía griego a cabalidad, como por ejemplo Thomas de Quincey, quien traducía de viva voz al griego antiguo las noticias contenidas en los periódicos del día. Sí, sí sabía, empero, lo suficiente como para “controlar” y mucho una traducción contrastándola con otras. Y, si no sabía griego a plenitud, sabía Grecia —como diría otro alto poeta, Gonzalo Rojas—, y podría decirse que la traducción de esos

cantos está respaldada no sólo por su personal experiencia de la ubicua guerra y la política, sino por los cuatro tomos de sus *Obras completas* dedicados a los estudios helénicos. Pero Alfonso Reyes, desde luego, también dominaba las variedades de la lengua española, y su moderna versión, realizada en alejandrinos, es dueña de una rara velocidad y una plástica rotundez. Alfonso Reyes no sólo practicó la traducción con soltura —como prueba, por ejemplo, su versión en verso de la subversiva y revulsiva *Fábula de las abejas* de Bernard de Mandeville (México, 1957)—, sino también reflexionaría sobre ella en el curso de su obra literaria y, específicamente, en el ensayo sobre la traducción incluido en el libro *La experiencia literaria* (1942). La traducción, la transmisión, el traslado, el comercio literario y verbal entre las lenguas tanto como entre un momento de la lengua y otro (recuérdese su atinada prosificación del *Cantar del Mío Cid* [1929], realizada bajo la mirada de Ramón Menéndez Pidal) están presentes en la obra de Alfonso Reyes como un secreto camino de perfección.

La traducción de versos y obras poéticas se encuentra también diseminada como polen en el vasto espacio de sus obras e incluye, además de los autores arriba mencionados, traslados, parodias, epigramas y versiones de autores tan disímbolos como pueden ser los anónimos indígenas caníbales brasileños, o bien Marcial y Dante, otras tantas pruebas de que, en el fondo del baúl alfonsino, se guardaba en germen la torre de Babel. ■